



*Porque el amor es más fuerte que la muerte.* Lo leía una y otra vez, no como un verso: una sentencia. De todos los poemarios que en los últimos tiempos he tenido el placer de leer, *Discurso de la amante* es el que más me ha invitado a transgredir la intimidad humana, y también a imaginarla como esas obras clásicas donde las odaliscas dan de comer a los dioses el fruto de la vid con gesto seductor. Es efectivamente un discurso, una proclama ineludible -de esas que son lanzadas desde tribunas altas y estremecedoras-, la almohada donde los amantes recuestan sus fantasías y desvelan los misterios del amor, las penas ocultas, el tránsito entre la realidad y los sueños. Es un abrazo, la infinitud de cuerpos sedientos, el dolor de la muerte y las ausencias, un reto atrevido que se erige sobre el pedestal de una verdad única que no admite interferencias ni ruidos, que se afinca en ese lenguaje delicado y armonioso de las hadas que no dejan de explorar nuevas sensaciones. Como dijera en la reseña de contraportada recreando las palabras de su autora, *un discurso que es miel y pájaro mojado, que trasciende por su honestidad y belleza.*

**CKA-** Dime por qué existen las hadas.

**CHL-** Sabemos que el gran médico y alquimista Paracelso afirmaba que existen, y Paracelso era un tipo muy serio... Yo no las he visto, pero las he sentido, o más bien, las he pre-sentido. Y creo que cualquiera que ha crecido dentro de esa magnífica tradición del cuento popular para niños las ha podido percibir cuando se ha puesto en contacto con la naturaleza. Recuerdo perfectamente una vez que me adentré en un bosque de *redwoods* californianos y vi un claro repleto de helechos - era el amanecer y la luz que filtraban los árboles era verde, sedosa, de una humedad perfumada- y me dije que no había más que entrecerrar los ojos para imaginar elfos en la vecindad...

**CKA-** Así es la luz que veo en tu obra, pero además percibo entidades mágicas por doquier, incluso cuando hablas de la ausencia, las renunciadas, la muerte y de ti misma. ¿Sigues siendo un poco esa *niña sola y cabizbaja que ama a todos*, que levita en bosques encantados y desnuda a los dioses?

**CHL-** Pienso que aquel que intenta crear tiene que hallarse de algún modo cerca de su infancia, retomándola o incluso rechazándola. Todo creador vuelve a ser en esas circunstancias una criatura que explora el mundo con ojos ávidos, egoístas, para robar sensaciones y colores y sumarlos a su pequeño universo. Así pues, yo sigo siendo el niño que fui. Lo atesoró y lo protejo, en especial porque es un niño herido y confuso. Un niño andrógino que no sabe en qué patrones descansar, ni por qué tiene que guardar en secreto su verdadera naturaleza, que a él le parece fascinante.

**CKA-** Es imposible negar este hecho ante la luna de hojalata de tu libro *Abuela Trina y Marrasquina van a la ciudad...* ¿nos puedes hablar un poco de tu incursión por la literatura infantil?

**CHL-** Empecé a escribir literatura para chicos por allá por los ochenta, seguramente influida por los excelentes autores de libros infantiles que encontré en esa época, gracias a Antonio Orlando Rodríguez y Sergio Andricaín, que eran ya

dos expertos en la materia: María Elena Walsh, Roald Dahl, Tove Jansson, Michael Ende, Tolkien... Todavía la escribo de cuando en cuando. Lo curioso es que nunca me propongo escribirla, sino que de repente salta una idea, comienzo a redactar y me doy cuenta de que tiene que ser un relato para chicos. Escribir para niños es divertido, al menos para mí. Normalmente, cuando estoy rodeada de niños -lo que no pasa muy a menudo- encuentro un lenguaje común con ellos. Pero he de decir que pese a todo el público infantil no es al que más me interesa llegar, probablemente porque en la mayor parte de mis argumentos los personajes son adultos con problemas demasiado adultos...

**CKA-** Cuando hablabas de *un niño andrógino que no sabe en qué patrones descansar, un niño herido y confuso...* ¿no crees que precisamente ahí se encuentra una de las claves más importantes de tu estallido creativo?

**CHL-** Supongo que sí. Alguien que no halla patrones amigables a su alrededor necesita inventar un universo a su imagen y semejanza, así que tal vez no le quede más remedio que convertirse en demiurgo. Puestos a la búsqueda de arquetipos en los que reconocerse y refugiarse, toca recrear lo conocido hasta volverlo entrañable, y la literatura y el arte se revelan entonces como herramientas útiles para fundar nuevos mundos.

**CKA-** Al repasar tu biografía leo que eres autora de 27 libros de diversos géneros que han sido publicados en varios países por editoriales reconocidas, el primero fue el poemario *Tiempo Nuestro*, en el año 1981, que además fue premiado por la Universidad de La Habana. O sea, tu carrera literaria ha sido dinámica y perseverante desde entonces, multifacética y vibrante, pero existe otro espacio de reflexión en ese quehacer artístico que no aparece reseñado y del que me gustaría tener más información: tu Fotografía, que me parece muy buena. ¿Cuándo comienza a interesarte, qué compromiso has gestionado con ella, o es solo una necesidad circunstancial? ¿Qué significa para ti?

**CHL-** La fotografía me fascinó desde siempre, lo cual no es del todo extraño si tomamos en cuenta que pertenezco a una generación que vivió hipnotizada por el cine y la TV, donde las imágenes cobran un valor preponderante. Tuve alguna que otra cámara analógica, pero la imposibilidad de hacer mi propio trabajo de revelado era una limitación muy grande, así que acabé echando a un lado lo que consideré en aquel momento un medio de expresión más, que en ningún caso podía competir con la literatura.

Con la aparición de la cámara digital, que abarata y descomplica la fotografía, ya no tuve pretextos, y debo decir que pasé los primeros dos años tomando fotos de todo lo que se me ponía por delante, lo que hacía bastante desagradable salir conmigo o coincidir en una habitación –pobres amigos-, pero lo que se inició como una obsesión acabó siendo puerta a un espacio en el que me sumerjo como quien está en trance... Hacer fotografía es para mí, entre otras cosas, una forma de meditar, de sanarme y de descansar de la escritura.

**CKA-** Dramaturga, libretista de radio y televisión, guionista de cine... ¿qué tal un poco de historia?

**CHL-** Al principio fue la radio. Comenzó con libretos para una revista informativa cultural de Radio Metropolitana -y estoy hablando de principios de los ochenta en La Habana-, luego hice una serie dramatizada para niños en Radio Caribe, de Isla de Pinos. A principio de los noventa Alberto Serret y yo heredamos de unos amigos un programa muy hermoso que producía Radio Progreso: *No hacen falta alas*. Pero donde más radio escribí -y además produje y conduje- fue en Ecuador, con el Departamento de Radio de la CIESPAL (Centro de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina), Radio Quito y Radio La Luna.

En cuanto a la televisión, a mitad de los ochenta Antonio Orlando Rodríguez nos instó a Serret, Daína Chaviano y a mí a asomarnos al mundo de la TV -a la sazón él escribía para el Departamento de Televisión Infantil y Juvenil del ICRT (Instituto Cubano de Radio y Televisión)- y no tardamos en aceptar su invitación.

Allí trabajamos todos juntos en un par de proyectos que sonaron mucho: *Del lado del corazón* y *Hoy es siempre todavía* -que tuvieron un éxito rotundo, obtuvieron premios nacionales, y de paso nos echaron encima a los perros guardianes del sistema, en especial a los de la prensa, que durante varias semanas se dedicaron a sacar grandes titulares acusándonos de inmoralidad- y una serie para niños: *Que viva el disparate*.

Con posterioridad, Antonio Orlando y Daína escribirían, por separado, numerosos libretos, al igual que Alberto y yo, actividad que no se interrumpió hasta nuestra partida al extranjero, a principios de los años noventa. Al irnos, Serret y yo dejamos grabándose otro serial que hizo época, una fantasía heroica titulada *Shiralad, el regreso de los dioses* -de la que recién me entero que ya no existe en los archivos del ICRT, porque la borraron para reutilizar los casetes.

A finales de los ochenta entré a la Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños a cursar un par de talleres, el uno con el renombrado guionista brasileño Orlando Senna y el otro con Gabriel García Márquez. Y fue muy bueno, porque lo que aprendí allí me sirvió para organizar todo lo que ya yo sabía y aplicaba de manera instintiva a la hora de escribir libretos. Del taller con Senna nació un proyecto que se convirtió en cortometraje, y andando el tiempo lo trasladaría primero al teatro para formar parte de mi pieza *Tres historias de hotel*, y después a la literatura, como una de las novelas cortas que integran el libro *Memorias del tiempo circular*, y que se titula *Tarde infinita*.

Ya estando en Ecuador, uno de los dos canales nacionales más importantes del país -Ecuavisa- nos contrató a Serret y a mí, y durante diez años trabajamos con ellos como asesores y guionistas, encabezando el equipo que escribía para un dramatizado de alto *rating* que empleaba temas policiales de la vida real -*Pasado y confeso*-, así como dos miniserias en las que hicimos adaptaciones de clásicos de la literatura ecuatoriana -*El Chulla Romero y Flores* y *Siete lunas siete serpientes*-, y una versión libre de una novela de Junichiro Tanizaki, que llamamos *Solo de Guitarra* y obtuvo el Premio al Mejor Largometraje para TV en la Feria Midia del mercado Iberoamericano de la Industria Audiovisual en 1998. En Ecuador también escribimos documentales para pequeñas productoras independientes.

Después de la muerte de Serret, que había sido mi co-guionista en muchos proyectos, continué escribiendo sola para Ecuavisa, y en el dos mil y pico formé parte de un grupo de guionistas que estaba empeñado en libretear la primera telenovela ecuatoriana. Fue toda una aventura -a ratos divertida y a ratos desalentadora- que acabó llevándome a Buenos Aires, donde aterricé por unos pocos años y me gané la vida dando clases de guión en una escuela de cine.

Con el cinematógrafo la historia es más corta: En 1989 Guillermo Torres quiso dirigir un cortometraje adaptado de *Solteronas en el atardecer*, un cuento de Alberto Serret, y entre Alberto, Guillermo y yo armamos el guión. Alberto y yo nunca lo vimos editado, por cierto, porque en el intertanto nos fuimos de Cuba. Después escribimos un par de guiones más, uno para Guillermo mismo, y otro para un joven director brasileño, pero ninguno de los dos llegó a realizarse.

En Ecuador, asimismo, se escribieron tres o cuatro guiones para largometrajes que no se filmaron jamás, por la maldición que persigue a buena parte de los cineastas del mundo, esto es, la falta de presupuesto. En 2001, cuando yo estaba a punto de dar el salto a Argentina, José Zambrano Brito y yo dimos forma a una adaptación para cine de mi novela -inédita aún- *Filo de amor*, que él realizó en 2005 con muchas dificultades, y que hoy día es una pieza bastante rara dentro de la producción cinematográfica ecuatoriana

Por último, hace como tres años que Antonio Orlando Rodríguez y yo venimos trabajando en dos guiones para largometrajes que prometen ser muy divertidos, pero este es un tema del que no puedo hablar hasta que la productora nos dé luz verde para hacerlo...

El teatro apareció entre los quehaceres de Serret y míos a principio de los ochenta. Cuando aquello éramos asesores literarios del Municipio de Cultura de Rancho Boyeros, La Habana, y surgió la posibilidad de comenzar a escribir pequeñas piezas de *psicotíteres*, destinados a formar parte de una terapia muy creativa para chicos. Después de eso fueron viniendo otras piezas cada vez más ambiciosas, que culminaron en la ópera-rock de ciencia ficción *Violente*, con música de Edesio Alejandro y Mario Dali, que hubo de estrenarse en el Teatro Nacional de Cuba en 1987.

En 1990 Serret y yo escribimos una cantata -*Señor de la alborada*- con música de Beatriz Corona, que también se puso en el Teatro Nacional. Y en 1991 obtuvimos el Premio de Teatro de la Unión de Escritores y Artistas con la obra *Un plato de col agria o la novela de Margarita Dura*, que se ensayó dentro del Grupo Bertold Bretch pero que la censura no dejó subir a las tablas.

En Ecuador, a principios de los noventa, yo empecé a escribir teatro de forma individual, y ahí aparecieron *Tres Historias de Hotel*, que estrenó el Grupo Quiatro en 2001, así como una serie de piezas que nunca se han llevado a escena, y uno o dos monólogos que montó Quiatro mismo.

**CKA-** *Memorias del tiempo circular. Cuatro novelas breves*, editado por Eriginal Books en los Estados Unidos... ¿suspense, surrealismo, pinceladas del *noir*? ¿Cuál es su naturaleza temática y estilística?

**CHL-** A ratos me cuesta encerrar dentro de los límites de un género lo que escribo -que es una especie de realismo con toques de ciencia ficción, género fantástico y novela negra. Y eso es exactamente lo que me pasa con las novelas breves que forman parte de *Memorias del tiempo circular*. Creo que lo que las cuatro tienen en común es justo esa voluntad de abrir dentro de la realidad cotidiana de sus personajes grandes agujeros por donde sopla el viento de lo inexplicable.

La primera, *La Gran Piedra*, es una historia de ciencia ficción que usa un posible contacto con extraterrestres a manera de pretexto para hablar acerca de las zonas oscuras que nos impiden crecer como seres humanos. La segunda, que da título al libro, es una mezcla de novela de espionaje y ciencia ficción, donde estos géneros -de nuevo- sirven de puente para reflexionar acerca de la lucha de géneros y la absurda esclavitud que recae sobre los servidores de los regímenes totalitarios. La tercera, *Tarde infinita*, es un duelo de vida y muerte entre la parte más mediocre de un hombre y su costado luminoso, hasta su integración. La última, *Un círculo en el suelo*, es un híbrido de género fantástico y ciencia ficción, donde se retoma y actualiza una vieja leyenda acerca de ángeles guerreros, y se cuestionan las rigideces de la típica familia patriarcal.

En todas hay una necesidad de mirar más allá de los simples -y a veces maravillosos- detalles de la existencia, en un esfuerzo por percibir todo lo que suponemos que existe fuera de nuestra comprensión, como leyes o circunstancias de índole cósmica.

Chely Lima aprendió a volar un día, se convirtió en una de las hadas de sus cuentos, pero... ¿quién sabe con seguridad? Quizás nació volando y no lo supo hasta que el azar la llevó al encuentro con la Poesía, con sus luces, sus sombras y bosques encantados, o cuando rompió la cárcel de las limitaciones para ser ante todo ella, cronista con su *lengua tan dulce de mirar* y derramarse.

“Resulta que soy quien soy.  
He dejado de negarme.  
Soy lo que nadie puede hacer por mí.  
En la punta de los omóplatos  
me despuntaron unas alas extrañas.  
Ya nadie va a desplumarme. Nunca.”

*(Discurso de la Amante)*

BIOGRAFIA Y REFERENCIAS DE LA AUTORA:

[http://es.wikipedia.org/wiki/Chely\\_Lima](http://es.wikipedia.org/wiki/Chely_Lima)

FOTO DE LA AUTORA:

Leonor Alvarez-Maza

La Peregrina Magazine © 2014